



Año XLVIII

Orihuela 15 Octubre de 1930

Num. 1124

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Botones de muestra

Es curioso saber lo que opinan los bolchevistas sobre la Religión.

Muchos tienen el bolchevismo solamente por una revolución económica, y es una revolución también atea.

Los patriarcas del bolchevismo son Bakunin en Rusia y Carlos Marx y Engels en Occidente.

Bakunin decía:

—El ateísmo no es más que una fuerza redentora...

Carlos Marx, abuelo también del socialismo del occidente europeo, decía:

—«La religión es el opio para el pueblo.»

Lenin, padre y maestro de los bolcheviques decía:

—«La religión es el opio del pueblo, algo así como espiritual *vodka*, fabricado para hacer que los esclavos del capitalismo pisoteen en el polvo su dignidad humana y su aspiración a vivir semidecentemente.»

Lenin siendo aun de dieciséis años de edad en 1886, arrancó de su cuello la Cruz, la pisoteó y se declaró rebelde a Dios.

Stalin, dice:

—«El Partido no puede mantenerse neutral con respecto a la Religión, por eso dirige la campaña antirreligiosa contra todos y cada uno de los prejuicios religiosos.»

La viuda de Lenin, Krupskaya, dice:

—«Hemos de educar nuestros niños en las escuelas, no ya sin religión, sino activa y apasionadamente antirreligiosos.»

Bucharin, otro jefe ruso bolchevista, dice:

—«La creencia en Dios es la creencia en la esclavitud» «La Iglesia es una institución del Estado; como la policía el sacerdote recibe salario para que

administre su veneno a las gentes.»

Zinoviv, Presidente que fué de la Tercera Internacional, dice:

—«Nuestro programa está basado en el materialismo científico (?) el cual incondicionalmente incluye la necesidad de propagar el ateísmo.» «Nosotros continuaremos nuestros ataques contra el Dios Todopoderoso... Estamos confiados de vencerle en su em-píreo.»

Y el Ministro de Instrucción Pública ruso habló así a los miembros de la «Asociación de los Dios»:

—«Nosotros odiamos al cristianismo y a los cristianos; aun al mejor de ellos se le ha de considerar como al peor de nuestros enemigos. Ellos predicán amor y misericordia al prójimo, lo cual es contra nuestros principios. El amor cristiano es una dificultad para el desarrollo de la revolución. ¡Abajo la caridad al prójimo! Lo que nosotros necesitamos es odio.»

Debemos aprender como se odia; sólo de esa manera conquistaremos el mundo.»

¡Vaya botones de muestra!

«Sin Roma y con Rusia» es la política de Herriot, según Marcelino Domingo.

«Sin Roma y con Rusia» es la bandera de los republicanos del centro como el ex-diputado Domingo.

¿Si así respiran los del centro como respirarán los de la izquierda?

Ni Calles.

No lo pueden disimular: les atraen y seducen las firanías...

A. H.

Bernardita y la Inmaculada Concepción

He aquí según una conversación que tuvo el 8 de Diciembre de 1876, una religiosa de Nevers con Bernardita, algunos datos preciosos sobre la escena de la aparición en la que la Santísima Virgen se dignó revelar su nombre.

Bernardita hablaba poco de Lourdes, no tenía tiempo para ello, porque su trabajo de enfermera la ocupaba casi todo el tiempo. Sin embargo en 1876 el 8 de Diciembre al salir de la capilla de donde veníamos de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción ella nos dijo:

—Hermana, ¿se escriben nuevos libros acerca de Lourdes?

Esta pregunta me sorprendió y respondí al punto:

—No he oído hablar de ello.

—Porque si se escribiera algún otro libro yo quisiera insistir sobre la aparición en la que la Virgen dijo quien era y se llamó por su propio nombre.

—¿Se la habrá olvidado algún detalle importante?

—¡Oh!, no, yo he dicho todo, replicó vivamente Bernardita; pero en los libros que dan cuenta de las apariciones encuentro que se desliza demasiado rápidamente este asunto.

—Hermana, dije a Bernardita, y ¿cuáles son esos detalles sobre la aparición en que la Virgen se nombró así misma?

Bernardita se detuvo un momento pensativa, después dibujó una de esas sonrisas que nos hacían decir entre

nosotras. «Cuando la Virgen sonriera debería sonreír como Bernardita.»

Y comenzó este recitado del que he guardado el más vivo recuerdo.

* * *

—M. el sacerdote Peyramale, me había amenazado con no recibirme y no dejarme hacer mi primera Comunión si yo no obligaba a la Señora a decir al menos quién era ella. Tres veces la había yo suplicado que me dijera su nombre, y tres veces había respondido sonriendo. En fin un día ví muy bien en la expresión de su fisonomía que me iba a decir su nombre.

—Yo soy la Inmaculada Concepción, murmuró levantando sus ojos al cielo.

Y oyendo estas dos palabras que yo no comprendía, me vino el pensamiento de decir a la Señora.

—¿Pero no sois la Santísima Virgen María?

Había pronunciado los tres primeros nombres de mi frase cuando la Aparición desapareció. Estaba por ello muy triste, porque estaba persuadida que la que se había llamado la Inmaculada Concepción no era la Virgen María.

—¿Y quién pensábais que era?

—En este momento yo pensaba que sería un alma del Purgatorio que había llevado realmente este nombre durante su vida.

Tenía que tener otra pena. La muchedumbre me rodeaba y cada una me preguntaba:

—Pero ¿se ha llamado así misma?

—Sí, respondí toda azorada.

—¿Es la Santísima Virgen?

—Yo no lo sé.

—Cómo que no lo sabes, me dicen veinte testigos a la vez. ¿Qué es lo que te ha dicho?

—No me acuerdo ya.

Al punto los rostros cambiaron de expresión, y me acuerdo muy bien haber oído decir a uno de nuestros vecinos:

—Por vida de... lo he dicho siempre; ésta se está burlando de nosotros.

No mentía cuando decía que había olvidado el nombre de la Señora. Yo me acordaba de *Inmaculada*, pero no de *Concepción*, el sacerdote señor Peyramale me esperaba en la plaza de la

Iglesia, y veinte veces huía al punto de entrar en mi casa temiendo su cólera. Y sin embargo a algunos metros de la Gruta creí acordarme que la Señora había dicho *concesión* o *concersión*. Y no hacía más que repetir estas palabras: *Inmaculada concesión* o *concersión*, a fin de que no se me olvidaran.

Después de un momento creí acordarme que la Virgen había dicho *Concepción*. Esta palabra pareció la verdadera y hasta la plaza de la Iglesia iba repitiendo: *Inmaculada Concepción*.

La muchedumbre me había precedido y el señor Cura, advertido de lo que pasaba había vuelto a entrar en la sacristía.

Yo fui toda temblando.

Las primeras palabras del señor Peyramale fueron éstas y yo no las he olvidado ni olvidaré jamás:

—Bernardita, si continúas burlándote de nosotros, haré que la comisaría de policía te lleve a la cárcel.

Yo le miraba a osombrada.

—Te haces la ingenua. Me acababan de decir que la Aparición que pretendes ver en Massabielle te ha dicho su nombre y no te acuerdas ya de él.

—Sí, señor Cura, es que tenía miedo de equivocarme, y no he dicho nada a los que me preguntaban.

—En fin, ¿es la Santísima Virgen la que tu ves?

—Yo creo que no, señor Cura, es la Inmaculada Concepción.

El sacerdote señor Peyramale que tenía su rostro encendido y rcjo ante aquellas informaciones que le habían facilitado se volvió pálido y con una voz casi temblorosa dijo.

—¿Quién te ha enseñado ese nombre?

—La Señora.

—¿No le habías oído nunca antes?

—Jamás, señor Cura.

—Puedes retirarte, tengo necesidad de estar solo. Vuelve mañana por la mañana después de misa.

Atravesando la plaza de la Iglesia fui rodeada por la multitud.

—¿Qué?, ¿te has acordado del nombre de la Señora?

—Sí, respondí.

—¿Cuál es su nombre?

—La Inmaculada Concepción.

—La muchedumbre acogió esta respuesta con carcajadas de risa, y todos confesaron que era la primera vez que oían pronunciar estas dos palabras.

Al día siguiente se me mandó ir a la casa del comisario de policía Jacomet, Mi primer pensamiento fué este.

«Seguramente el sacerdote señor Peyramale ha puesto en ejecución su amenaza. Me va a meter presa porque mi respuesta fielmente traducida le ha probado que no decía la verdad».

M. Jacomet me acogió con la sonrisa en los labios.

—Ya es tiempo de decir la verdad me dijo repetidas veces. No serás molestada por nosotros, pero es preciso que nos digas la verdad.

—¿Te ha hablado ayer la Señora?

—Sí, señor.

—¿Qué te ha dicho?

—Yo soy la Inmaculada Concepción.

—¿Qué es esto de la Inmaculada Concepción?

—No sé, señor.

—¿No has oído pronunciar nunca en la Iglesia este nombre?

—Jamás.

—Vamos a verlo. ¿Tienes tu devocionario?

—No, señor.

—Vete a buscarle.

Corrí a mi casa y traje mi devocionario.

El comisario le hojeó y me devolvió después de un cuarto de hora.

El sacerdote señor Peyramale me dijo que el señor Jacomet buscaba en él el nombre de la «Inmaculada Concepción», que no se encontraba en los libros de aquel tiempo.

Se abrió enseguida una información en Bestres y en Lourdes para saber si los que frecuentaban la Iglesia conocían las palabras: *Inmaculada Concepción*. La información descubrió la ignorancia de los fieles.

Esta información tenía otro fin. Se quería saber si en la Iglesia de Bastres o de Lourdes se encontraba alguna imagen vestida como la Señora de Massabielle. Solo se encontraron algunas estatuas que recordaban las imágenes de la Virgen española.

—Pero en fin, ¿dónde has visto tu un vestido como el de la Señora de la Gruta? Me preguntó el señor Jacomet.

—¡Ah!, señor, le respondí, en ninguna parte. Y si lo hubiera visto en algún sitio, os juro que me hubiera sido imposible haber visto un rostro como el de la Señora.

—¿A quién se parece?

—A nadie de la tierra.

Aquí terminaron las confidencias de Bernardita.

CASOS Y COSAS

Hasta ahora había «entronizadores» del Corazón de Jesús.

Los que creen en Jesucristo y en su amor sublime, divino, simbolizado en su Sagrado Corazón.

Al llegar estas últimas calendas han aparecido «los desentronizadores»
¿Quiénes?

Los monterillas de algunas taifas políticas resucitadas.

El más escandaloso y tiránico de todos los desentronizadores ha sido el Ayuntamiento de Lorca, donde impe-
ra el reformismo melquiadista.

El Corazón de Jesús les estorbaba en el salón de sesiones, y lo han quitado y lo han arrinconado en un armario.

El pueblo, el pueblo soberano ha protestado y ha significado su protesta...

Pero el alcalde reformista ha contestado al pueblo soberano, multando al primer firmante con 50 pesetas.

¡Toma, pueblo, para que creas en tu soberanía!

¿Cómo?—habrá exclamado el ya famoso alcalde lorquino,— ¡el pueblo es soberano cuando vota a nuestro favor y cree en D. Melquiades Alvares como en Alá y en el exdiputado Arderius como en Mahoma su profeta...!

El pueblo de Lorca, protestando del atropello que se ha cometido contra sus sentimientos religiosos, no es soberano y por lo tanto no es atendido; pero ¡ah, señores! el centenar de malos estudiantes que altera la vida de las universidades españolas y no deja estudiar y aprender a los alumnos que desean saber; los alborotadores que estan profanando los templos de la ciencia y convirtiendo en adocenada la juventud española; los holgazanes que han hecho de los suspensos un honor, esos, esos son el pueblo y son soberanos y campan a sus anchas...

Pruebas.

El primer firmante de la protesta de Lorca, ha sido multado...

El estudiante Sbert, harto a suspensos y jefe de revueltas, va de de-

legado de España, a propuesta del Ministro de Estado, a un Congreso Internacional...

Antes:

—¡Viva la libertad!

—¡Vivaaa...!

—¡Abajo las caenas...!

—¡Abajooo...!

Los de la Unión Monárquica van a hablar en Bilbao...

Los mismos de antes:

—¡Abajo la libertad...!

—¡Abajooo!

—¡Caenas para todos los de la Unión Monárquica...!

—¡Vivan las caenas...!

Dos espectadores:

—Oye, pero ¿no son los mismos?

—¡Los mesmísimos...!

—¿Cómo gritaban antes «viva la libertad» y ahora dicen: «vivan las caenas»?

—¡Ah, es un secreto! Antes pedían la libertad... para ellos y ahora piden las caenas... para los demás...

—Eso no es un secreto, eso es la ley del embudo.

—He aquí el secreto: la ley del embudo es la ley de las izquierdas...

Las pesetas, bajan, bajan...

Cada mitin republicano, la peseta baja un entero...; que es como decir: la peseta está enferma y cada mitin republicano le entra un grado más de calentura.

¿Qué microbio será el de la república española que cada vez que aparece en la vida pública le entra fiebre a la vida económica de España?

Otras repúblicas no tendrán quizá ese microbio; pero la española lo lleva en los mismos tuétanos, porque por más años que pasan cada vez que el vientecillo republicano se mueve las pesetas se ponen enfermas como si les hubiera dado un mal aire...

Para matar el microbio la república española ha tomado unas píldoras de la derecha preparadas por Alcalá Zamora...

¡Ni por esas...!

A. Hernán

¡El Papa ha hablado! LA FAMILIA

En su Encíclica sobre «La Educación Cristiana», nos habla el Papa de la «Familia».

¿Para qué ha sido fundada la familia?

Apurados se verían muchos papás y mamás para responder a esta pregunta.

El Papa lo sabe. Aunque el Papa esté muy lejos, lo sabe todo, y sabe que abundan los papás y mamás completamente ayunos de sus más fundamentales deberes.

Por eso el Padre Santo se ha dignado recordar muy disimuladamente—para no ofender a nadie—una verdad tan indispensable para que un padre o una madre sean lo que deben ser: «para qué ha sido fundada la familia».

Dios—autor de la familia—no la fundó solamente:

Para que los padres negociaran con ella en este mundo:

Para que tuvieran un rincón a donde acudir a descansar, cuando les agobiara el trabajo; a comer cuando les faltaran las fuerzas; a consolarse cuando les amargaran las penas:

Para que tuvieran eso que tienen todos los hombres honrados, aunque no se sepa a punto fijo para qué; y no dar así qué hablar a tanta gente maldiciente como abunda:

Dios fundó la familia para algo más: La fundó precisamente para educar a los hijos—son palabras del Papa.

¡Los hijos!—el Papa os lo dice—ellos son la más interesante misión de la familia:

1. Criarlos y vestirlos: con el sudor de vuestra frente.
2. Educarlos:
 - a) Con la mirada de vuestros ojos que los vigile;
 - b) Con el ejemplo de vuestra vida que los edifique;
 - c) Con las palabras de vuestros labios, que unas veces serán: la oración que los lleve a Dios; el consejo que los instruya; la corrección que los reprenda; la lección que les enseñe las verdades del cristianismo.

El Día Misional del penúltimo Domingo de Octubre

El llamamiento de su Presidente General, y Secretario de la S. C. de Propaganda Fide Mons. Salotti ha respondido al Centro Nacional de la O.P. de la Propagación de la Fe intensificando la propaganda de este Día instituido por el Papa Pío XI en favor de la Obra.

Atendiendo a pedidos hechos por cuarenta y cuatro diócesis hasta la fecha se han remitido desde este Centro más de 10,000 cartelones murales, 750.000 hojas del Día Misional, 300,000 hojas explicativas de la Obra de la Propagación de la Fe, muchas circulares y llamamientos a las diversas entidades católicas, innumerables estampas y cédulas de agregación. La correspondencia de los colegios y Casas Religiosas es consoladora. La Acción Católica ha prestado su apoyo valiosísimo, caracterizando con su intervención el presente año la organización del Día Misional. Muchas revistas católicas informadas de las Obras Pontificias han dedicado un número especial de su órgano oficial en una tirada de 180.000 ejemplares de la propaganda del Día. El Centro Nacional espera que este año ha de ser en España un verdadero día de oración, de propaganda y de limosnas en favor de las Misiones por medio de la Propagación de la Fe.

Una mártir de la castidad

Hace dos años. Owi, jefe de la tribu Alur, murió envenenado por sus mujeres. Le sucedió su hijo Alí, que heredó el harem de su padre y elevó a 30 el número de sus mujeres: pero aún no le bastaba. Un día se encontró con una joven cristiana de 18 años, de singular hermosura, y quiso llevarla consigo. Marta asustada, huyó atravesando un inmenso bosque y llegó a la misión de Angal.

El misionero quedó maravillado al ver el fervor con que la joven comulgó y se quedó largo tiempo después en la iglesia...

Tomaba fuerzas para el terrible combate que presentía.

El jefe había descubierto la huida de Marta a la misión, y encargó a uno de sus hombres Wakili, que se la trajera viva o muerta.

Wakili esperó. Cuando creyó que la tormenta había pasado, Marta volvió al pueblo. Wakili que estaba en acecho, se apoderó de la muchacha y quiso llevársela por las buenas. La joven resistió a todas las promesas, protestando que quería antes morir que ofender a Dios. Entonces Wakili la mandó atar a un árbol y azotar.

La pobre joven se desmayó por el dolor, pero vuelta en sí rechazó con indignación las infames propuestas. Redobló los golpes el verdugo, mientras ella repetía; No, y rezaba en voz alta.

En un acceso de furor Wakili derribó al suelo a su víctima y comenzó a pisotearla con rabia inaudita. Cuando el bárbaro, exhausto de fuerzas, se detuvo, la víctima había expirado bajo los golpes.

Marta había salido de la misión de Angal el 9 de agosto y tres días después el misionero recogía los pormenores de la muerte de los labios de los testigos oculares.

La muerte de la pequeña mártir de la castidad aconteció entre el 9 y el 10 de agosto de 1929.

El contrabandista

Por cuestión de higiene, o de lo que ustedes quieran, hubo prohibición absoluta de introducir cerdos, vivos o muertos, en el Estado de X... ¡Y eso que los habitantes de aquel estado se morían por comer una chuleta de cerdo! Lo prohibido sabe siempre mejor.

Un campesino se presenta a la frontera con un saco atado.

—¿Que lleva ahí?

—Un perro. Lo he encerrado porque si ve el camino, se escapa en seguida para volver a casa del amo que me lo ha vendido.

—No importa, abra el saco.

—El perro se escapará.

—Y a mí ¿qué?

Los empleados de aduana no suelen ser modelos de cortesía.

El campesino desata el saco, el perro huye como un comunista ante la

cruz, y el labrador, volando detrás del perro.

Al cabo de una hora vuelve el campesino con su saco a cuestas.

—¿Lo ha cogido? pregunta el de la aduana.

—Si por su culpa vengo hecho una sopa de sudor.

—Puede pasar.

El campesino pasó, pero esta vez, en lugar del perro traía el cerdo, (el cual tuvo la delicadeza de no gruñir en el momento crítico, cosa que no siempre hacen los hombres). Y gracias a este ardid, pudo el campesino introducir la mercancía prohibida.

El demonio suele seguir con nosotros el mismo procedimiento.

La conciencia, como buena aduana, no deja entrar el mal en nuestras almas. Entonces el demonio, como aquel campesino, esconde el mal en un libro elegante, en una carita simpática, y bajo este hermoso disfraz, lo dejamos pasar sin darnos cuenta.

El arrepentimiento de un asesino

Traducimos de «La Croix», de París:

El asesino arrepentido Gabillard expió su crimen bajo la cuchilla de la guillotina en Vannes.

He aquí la carta, verdaderamente edificante, que el condenado, antes de morir, dirigió a su defensor:

«Muy señor mío:

Antes de morir vengo a darle las gracias por todo el bien que usted me ha hecho. Hizo usted lo posible para salvarme, pero yo merezco el castigo de mi crimen.

Pido perdón a Dios de cuanto he hecho y ofrezco mi sangre en expiación de la que he derramado.

Si hubiese sido fiel a las lecciones del Catecismo, no estaría aquí. Pida usted por mí para que Dios me perdone. Ruego por usted.—Juan María Gabillard.»

La Lectura Popular

Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales.
Media id.....	2	»
Un cuarto id..	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.